

SER ADOLESCENTE HOY

María Cristina Rojas

RESUMEN - Este artículo considera la temática de la adolescencia desde una perspectiva sociofamiliar; propone de tal modo a la cuestión adolescente como una vicisitud definida por la cultura y por la historia. Aborda luego las modalidades del transcurrir adolescente en el momento actual y destaca la problemática de la inclusión del joven de los países pobres en el mundo creativo/ productivo y sus eficacias en el psiquismo adolescente.

Analiza luego las diversidades familiares actuales y ciertas vinculaciones hoy vigentes en los grupos de pertenencia de niños y adolescentes, que pone en relación con patologías y formas subjetivas diferenciadas de aquellas propias del adolescente burgués moderno.

PALABRAS LLAVE: Adolescencia y sociedad. Transición adolescente. Adolescente actual. Familia y adolescencia. Grupos de pertenencia. Identidad. Duelos.

INTRODUCCIÓN

En el presente artículo pondré en consideración la temática de la adolescencia en tanto ésta constituye una producción de un tiempo histórico-social determinado; ello supone concebir al adolescente como subjetividad no sólo conformada a partir de lazos sociales, sino siempre entretejida en los mismos y relacionada con proposiciones epocales predominantes. Dichas propuestas de la cultura se diversifican en conexión con la pertenencia a un cierto sector socioeconómico, a distintas modalidades de vinculación familiar y a inserciones grupales e institucionales diferentes que operan, en cada sujeto, a partir de transcripciones singulares.

Ser adolescente es así una vicisitud definida por la cultura y por la historia; la adolescencia no aparece como tal en sociedades que

ritualizaran el pasaje de la niñez a la adultez y ofrecieran mediadores simbólicos para dicha transformación, apoyada en la metamorfosis de la pubertad. Su emergencia en Occidente es un fenómeno vinculado con la Revolución Industrial y comienza a demarcarse en el siglo XVIII. Junto con el cambio de la familia extensa, es decir, la constitución de la familia nuclear o conyugal, los estados nacionales pasan a encargarse de la formación de los jóvenes, que adquiere mayor complejidad en la era técnica, lo cual hace que aparezca un período "formativo" o "de transición" que empieza a denominarse adolescencia^{1,2}.

Dicho período se sitúa entre la pubertad y un momento siempre indefinido en el cual el adolescente deja de serlo y se inserta en el aparato productivo, para lo cual tienen que existir lugares disponibles. Probablemente la década del 50

María Cristina Rojas - Psicóloga, miembro da Associação Argentina de Psicologia y Psicoterapia de Grupo.

Correspondência
Vuelta de Obligado 2912, (1429) - Ciudad de Buenos Aires, Argentina - mcrojas@sion.com

(siglo XX) marque el comienzo de la adolescencia como etapa en sí misma, o sea, no es infancia pero se diferencia también del ser joven. (Se es un "teen"; figura que irrumpe entre nosotros, una vez más, desde los países del norte.)

SER ADOLESCENTE HOY

Ser adolescente hoy –en particular en las dos últimas décadas- es también habitar un momento vital idealizado, de diluidas fronteras, cuyo comienzo avanza sobre la infancia, mientras el final se muestra incierto y contingente. En relación con esto, disminuye el énfasis en la concepción de la adolescencia como "transición hacia", tal como fuera trabajado entre otros por P. Blos³. Esta etapa diferenciada reafirma tanto sus propias pautas y convicciones como una estética peculiar, imitada por otros sectores sociales. Así, el adolescente se torna modelo para los otros grupos etéreos, figuración mediática privilegiada del placer y la belleza. De tal modo, a partir de éstas y otras características culturales favorecedoras, algunos adolescentes de hoy pueden construir la ilusión de una permanencia que los sostenga en el lugar del ideal; esto se ve fuertemente favorecido por modalidades sociales excluyentes. La adultez aparece, en múltiples representaciones sociales, como tediosa e incierta, al tiempo que la vejez, vergonzante, ha de mantenerse oculta y desmentida. Por otra parte, la idealización cultural del paradigma joven y la tendencia al desconocimiento de los signos del transcurso temporal se conectan a su vez con cierta pérdida de saber y poder del mundo adulto; la otrora valorizada "experiencia", es considerada a menudo como "desactualización". Ello modifica los modelos identificatorios y los soportes de la autoridad, antes por lo general sustentada por los más viejos. Un cierto congelamiento de la temporalidad es expresión de vertientes narcisistas de la cultura, vertientes siempre presentes a lo largo de la historia humana, aun cuando en cada tiempo adquieran formas propias. Lo cual influye en el procesamiento del tránsito adolescente al diluir parcialmente la investidura del futuro e instalar, a menudo, una proclividad

a la realización inmediata. Se ve entonces modificada la formulación del proyecto identificatorio, una de las producciones centrales del devenir adolescente, ligada a la perspectiva del mañana, al ideal y a la espera⁴.

En países pobres la temática de la inclusión del adolescente en el mundo creativo/ productivo asume cualidades dramáticas, ya que las posibilidades en el universo competitivo suelen ser casi inexistentes.

Mientras las modalidades adolescentes se expanden, la infancia de la modernidad parece diluirse. Cambian los mitos vinculados con la niñez; una de las primeras transformaciones de dicha mítica se liga a la concepción freudiana de la sexualidad infantil⁵, que atenta, a comienzos del siglo XX, contra creencias propias del imaginario de su tiempo, tales como la inocencia y pureza asexual del infantil sujeto. Hoy se perfila además un niño míticamente autosuficiente, un "agrandadito" que se comporta muchas veces como un adolescente y en ocasiones a la manera del adulto: niño al que se le supone un saber aun más allá de su propia potencialidad lógico/ afectiva. Todo esto nos habla de otras formas de considerar la diferenciación entre generaciones, que es uno de los temas enlazados con la problemática adolescente.

El imaginario propio del mundo de la adolescencia, que se fuera construyendo a partir de su aparición diferenciada, se halla impregnado de individualismo y enfatiza una autonomía precoz y solitaria; junto a otras condiciones, esto ha planteado la desorientación y desvalimiento del adolescente, a veces arrojado a un desierto de donde se espera que salga virtualmente sin apoyos. Por otra parte, se le ofrecen todas las elecciones, hay una libertad de opción en apariencia poco limitada, ya que casi nada está resuelto por la sociedad o la familia: tiene así que elegir la inserción laboral y las cuestiones relativas al emparejamiento; puede también optar entre la hétero, homo o bisexualidad; drogarse o no; comer o no: decidir todo su quehacer en el mundo. Por otro lado, el espacio social desmiente el mensaje de "libertad"

cuando coarta expectativa y elecciones. Frente a tal paradoja y a la fragilidad incontinente de múltiples pertenencias suelen aparecer el vacío, la falta de proyecto, la apatía y distintas formas de violencia, fenómenos que atraviesan en este momento la clínica de la adolescencia.

En el abordaje de estas cuestiones desde una perspectiva sociofamiliar la incidencia de los medios en el psiquismo humano, rasgo tan singular de nuestra época, merece consideración especial. Los medios transmiten regulaciones que ponen de manifiesto pero a la vez impregnan y modelan las concepciones del hombre actual. Esto no los convierte en "causa" de las transformaciones de la cultura, articuladas en diversos órdenes de determinación; sin embargo, juegan uno de los papeles centrales en el desmesurado despliegue de la cultura del nuevo milenio. Ellos contribuyen a la construcción de la realidad misma y dan sustrato y difusión a ciertas modalidades pregnantes de específico valor para el adolescente, requerido de reposicionamientos identificatorios ineludibles. De tal modo -y en este punto devienen temática de interés también para el Psicoanálisis- toman parte activa en la conformación de la identidad, el pensamiento y las maneras de sentir. Se prestan a la identificación, la imitación y el contagio emocional, en particular en el niño y el adolescente. Las figuras televisivas son narcisísticas y libidinalmente investidas, ya que satisfacen a menudo fantasías de éxito, omnipotencia y seguridad. Es este lazo así establecido con la imagen el que puede dar sustrato a la identificación.

Los medios presentan también definiciones de lo prescripto y lo prohibido, lo indeseable y lo esperado, contribuyendo a modelar el Yo Ideal y el Ideal del Yo. Impulsan modelos estéticos y se convierten fácilmente en escuela de los modos del placer. Al establecer la vigencia de ciertos movimientos y sonidos, montajes veloces, superposición y deformación de imágenes, incorporación de diseños computarizados - como en el videoclip, propio del nuevo siglo -, colaboran a definir otros estilos perceptuales^{6,7,8}.

Los grupos adolescentes toman de los medios imágenes, marcos de referencia y elementos de diferenciación; entre la vasta oferta mediática, cada audiencia recorta sus emblemas. De la cultura de la comunicación y las pantallas los jóvenes incorporan también la pasión por la apariencia, el culto de la imagen corporal y modas diversas, que a su vez refuerzan pertenencias grupales⁹.

Por otra parte, en Argentina, como en otros países con problemáticas económicas severas, el adolescente, seductoramente inducido por la publicidad mediática a vivir las delicias de un consumo exaltado como sentido posible de la vida, se enfrenta al mismo tiempo con fenómenos como pobreza y desocupación, viéndose a veces en riesgo de engrosar las numerosas filas de los excluidos. Contradicción apesante que produce efectos en el curso del circuito adolescente, aunque de modo diferencial en distintos sectores sociales. Dado que su inserción en el mundo productivo se ve así retrasada o impedida, hace marca a su vez en los modos y tiempos del pasaje a la autonomía.

Ser adolescente implica la vacilación del edificio de la infancia, en las urgencias de construcción/reconstrucción de la propia identidad, inclusiva de nuevas exigencias pulsionales y expansiones del campo representacional. En conexión con esto, son intensos los requerimientos de pertenencia a vínculos que le ofrezcan apuntalamiento¹⁰ para ir desligándose del sostén infantil, sustentado por lo general en lo intrafamiliar. La propia sociedad habría de officiar en tal sentido, en tanto el sujeto, tal como señala Aulagnier¹¹, ve en el conjunto social un soporte ofrecido a una parte de su libido narcisista. Requiere así puntos de anclaje aptos para dar base a su proyección hacia el futuro, a fin de que el alejamiento del sostén parental no se traduzca en la pérdida de todo soporte identificatorio. Cuando la sociedad no cumple su parte del contrato, margina y excluye, ofrece condiciones de posibilidad para la aparición de patologías ligadas al desvalimiento, conectadas con peculiares violencias que afloran de modo preferencial en el período adolescente.

Quiero destacar que me estoy refiriendo a aquellos rasgos de época, por momentos predominantes, que se convierten en exigencia de trabajo psíquico extra para el adolescente de la actualidad; por cierto, es posible que otras condiciones también ofrecidas por la cultura y la diversidad de los grupos e instituciones de pertenencia habiliten la creatividad y el proyecto singular.

La muerte, hoy, ha perdido también sus rituales, y se instalan mecanismos de renegación en una sociedad que parece entrenada para evitar el dolor psíquico y la confrontación con la carencia. Reconocemos de tal modo la incidencia de la desmentida en relación con pérdidas que implican el doloroso trabajo del duelo. Así también, notamos cierta propensión a renegar los duelos por la infancia, tarea psíquica propia de la transición adolescente vastamente estudiada por los psicoanalistas (duelo por el cuerpo infantil perdido, por el rol y la identidad infantil, por los padres idealizados de la niñez)¹². Idealizar lo juvenil y enaltecer el cuerpo adolescente condicionan en gran medida que el abandono de la infancia aparezca anhelado y anticipado y sean poco considerados sus costos psíquicos. Por otro lado, si bien el transcurrir adolescente implica pérdidas diversas, se abre de modo especial a las grandes adquisiciones. No obstante, cuando la promesa de lo nuevo, lo adquirible, es incierta o presenta perspectivas desestimables, esto desfavorece el proceso de elaboración de lo perdido propio de la transformación. Las pérdidas y su elaboración, recordemos, propician la construcción del deseo que, en tanto motor y empuje vital, se articula con el proyecto y orienta su flecha hacia el mañana. Lo renegado no tramitado, en cambio, se vincula con la perentoriedad de la pulsión y puede aparecer bajo la forma de trastornos de la corporalidad o actuaciones: rasgos característicos de algunas de las patologías usuales en la actualidad en la consulta adolescente. En el procesamiento de pérdidas y creaciones, el adolescente vive la transformación del sí-mismo y sus vínculos; de su visión del mundo, ideologías y creencias.

Selener y Sujoy¹³ hablan de otro duelo que es el "duelo a futuro"; en relación con éste pienso dos variantes posibles. Una, la dimensión de pérdida implícita en cualquier elección, al eliminar las otras opciones; otra, y ésta sí vinculada con dolor psíquico, surge cuando no es factible elegir ni el presente ni el futuro.

FAMILIAS Y ADOLESCENTES

Ser adolescente hoy implica integrar familias alejadas de las intensas y con frecuencia autoritarias vinculaciones propias del modelo burgués; familias generalmente atravesadas por el cuestionamiento de los discursos totales, la pérdida de rigidez de los mandatos y la decadencia de la autoridad parental.

Las familias de hoy nos confrontan con su diversidad, favorecida por cambios epocales (divorcio, avances tecnológicos, etc.) que van dando lugar a distintas configuraciones: familias ensambladas, monoparentales, madres solteras por elección, parejas homosexuales que crían niños. Por lo demás, la posibilidad de pensarlas como diversidades y no como trastornos de una conformación familiar burguesa "intacta" se relacionan con transformaciones de nuestro pensamiento que a su vez nos alejan de los modelos únicos, cerrados y estables¹⁴.

La señalada valoración de un individuo autónomo en tanto separado de los otros, así como la creciente importancia de los lazos de simetría, se opone a la configuración patriarcal que diera al padre poder legitimado sobre los otros. Vemos así evolucionar a las familias hacia formas vinculares de mayor horizontalidad y problemáticas propias de lo fraterno. Establecer formas relacionales caracterizadas por una autoridad democrática y circulante, así como la posibilidad de sostener la conformación subjetiva de los descendientes desde una inicial asimetría constitutiva, constituye uno de los profundos desafíos que vive la familia contemporánea¹⁵. Mientras tanto, se ven atenuados en su saber y capacidad de contención tanto la palabra como el gesto de los padres y resultan muchas veces fácilmente desligables las envolturas del lazo.

El adolescente se enfrenta así a grados de libertad que en algunos casos se tiñen de incontinenencia, recorriendo límites difusos entre la creatividad y la desorientación.

La decadencia de la autoridad patriarcal genera enfrentamientos intergeneracionales quizá más leves y sólo referidos a cuestiones de la cotidianidad, pero producidos desde edades muy tempranas; el conflicto suele darse alrededor de la jerarquización de los consumos y la distribución de obligaciones y beneficios. Una problemática posible en este estilo de funcionamiento familiar se relaciona con el riesgo de extremar la permisividad y las posiciones hedonistas, falla de la función de corte e interdicción que, junto al sostén, caracterizan la funcionalidad de las configuraciones familiares. Esa fisura de la discriminación afecta la constitución subjetiva al fracasar en la interdicción del goce incestuoso y violento, obstaculizando la construcción del sujeto de deseo.

Por otra parte, cuando las exigencias psíquicas conectadas con el final de la infancia no se reconocen y tramitan, el adolescente puede permanecer adherido al objeto endogámico/incestuoso, al prolongar la dependencia infantil o persistir en vinculaciones familiares en las que aliene aun su singularidad deseante y pensante. Esto se relaciona con ese otro eje del discurrir adolescente que es el pasaje de la dependencia a la autonomía respecto de los lazos de familia. Otra posibilidad, que parece contraria a la perpetuación en el mundo familiar, es la de realizar un imaginario desprendimiento, connotado por la indiferencia, pero incluyéndose a la par en agrupaciones alienantes tales como sectas, pandillas violentas, grupos de adictos. Es decir, la autonomización respecto de las vinculaciones familiares reviste distintas modalidades. Citaré dos formas relacionales contrapuestas que, *si se extreman*, perturban esa suerte de "salida" adolescente: a) Familias endogámicas, de discurso autoritario y poco cuestionable; por sus efectos de cierre; b) Familias de lazos frágiles y discurso fragmentario; no ofrecen el apuntalamiento apto para sustentar

tanto la pertenencia como el desasimiento. Se producen fisuras en la alienación constructiva de los lazos y el adolescente aparece encerrado en un lugar vacío, o expulsado en una inmensidad estéril. Operan aquí disfunciones en las referidas operatorias centrales de la familia (contención/interdicción) Una de las patologías frecuentes de los modos de vinculación de múltiples familias con adolescentes hoy parece ser precisamente este movimiento sin espacio transicional entre la indiscriminación no continente y un modo de "salida" que equivale a veces a una expulsión. Creo no pertinente continuar hablando en estos casos de una "salida exogámica", terminología más adecuada a la problemática de la familia moderna, signada por la tendencia al predominio de fuertes lazos endogámicos.

Las familias con hijos adolescentes se hallan también en transición desde la fase de crianza, que es la de mayor cierre y apego en los vínculos familiares, hacia la finalización de la etapa de convivencia. Más allá del propio adolescente, los duelos ligados al paso del tiempo abarcan al conjunto familiar. Los padres experimentan también especiales crisis y transformaciones; especiales, digo, porque entiendo que cambio y crisis son intrínsecos al transcurso vital mismo y no privativos de algunos momentos. Ellos se ven afectados por anhelos e insatisfacciones en un mundo en el cual estabilizarse y permanecer suele sentirse a modo de pérdida de posibilidades. Por lo demás, hoy, al extenderse la expectativa de vida, el crecimiento de los hijos, que libera tiempos y responsabilidades, favorece la reformulación de proyectos personales y la reanudación de intereses postergados.

Además, los padres enfrentan en este período la pérdida de los hijos pequeños y con ellos su propio lugar idealizado, que constituyera un importante puntal narcisista, aun cuando en la actualidad son cuestionados por los niños desde edades muy tempranas y se ven rápidamente desplazados por figuras exaltadas en la respectiva generación infantil o adolescente. Los padres viven, al decir de Bollas, también un «duelo generacional»; éste implica la pérdida de

los objetos que dieron identidad a su tiempo joven, sustituidos por sucesivas capas de sujetos enlazados por otros símbolos. «Cada generación - dice este autor- asiste a su conversión en historia»¹⁶. A esto se agregan los duelos por la propia juventud, por la pérdida de la exclusividad de la práctica sexual en la familia y del control de la sexualidad de los hijos. Tales problemáticas plantean posibles salidas elaborativas, u otras formas ligadas al síntoma y la violencia. Observamos en algunos casos una búsqueda de acortar la distancia con los hijos y los esquemas juveniles a través de la imitación de las modalidades adolescentes.

Ante el hijo que crece tienden a reaparecer en los padres expectativas forjadas desde el nacimiento y también desilusiones o satisfacciones frente a su realidad. En este segundo metafórico nacimiento, como Doltó denominó a la adolescencia, aparecen, al modo del primero, encuentros y desencuentros¹⁷. Hay cierta pérdida de familiaridad ante el nuevo ser que el hijo adolescente encarna. Eso se incrementa y deviene a veces extrañeza cuando éste se asemeja poco a la expectativa parental, remarcándose los márgenes del desencuentro. Es posible que dicha extrañeza hoy se acentúe, ya que es profunda la distancia generacional y los referentes cambian con celeridad. Enfatizo en este punto la operancia de modelos identificatorios múltiples y diversos aportados por la trama social extrafamiliar en las transformaciones y novedades del psiquismo adolescente. Es preciso pues elaborar nuevos reconocimientos: recíprocos, ya que para el adolescente también se modifica la visión de los padres de la infancia. Los ámbitos terapéuticos compartidos dan pie a estos procesos.

Otra tarea psíquica característica de la familia con hijos adolescentes es la construcción de los espacios de intimidad, que deja de lado esa casi transparencia propia de la vinculación con los niños: el adolescente va reconociendo su derecho a la intimidad y al secreto de su pensamiento, que suele aportar las consiguientes dificultades de metabolización por parte del grupo todo.

Frente a la apertura del lazo que a su vez caracteriza a la familia de hoy, ese cerrado marco que se ha ido diluyendo mientras otras instituciones a su vez pierden jerarquía, los jóvenes parecen buscar la reinstalación de nuevas fronteras como forma de sostén de identidad. La escuela secundaria, por su parte, soporta escasamente, pues parece poco apta para adecuarse a las transformaciones del mundo y del adolescente. Así, más allá de los esfuerzos de algunos grupos ligados a la transformación de lo educacional, suele insistir en modalidades tradicionales de enseñanza y vinculación, alejadas de esas nuevas formas subjetivas (estilos perceptuales diferentes, otras modalidades del pensamiento y la cognición) que emergen hoy en niños y adolescentes y los convierten en difícilmente accesibles con métodos adecuados al sujeto moderno.

Los adolescentes tienden a conformar distintos grupos que nuestra época realza. Son muy importantes los grupos de pares y grupos con liderazgo extrafamiliar, que muchas veces resultan conformadores de su identidad. Cuando un grupo deviene pertenencia decisiva y excluyente, formar parte del mismo puede tornarse alienante, en tales agrupaciones se diluyen las singularidades y se entrega aun el pensamiento, a fin de anular la soledad y la incertidumbre. Como antes mencioné, la búsqueda de estas formas alienantes de integración en vínculos se articula, a menudo, con patologías referidas a las formas de pertenencia y de salida del núcleo familiar. Las maneras en que el adolescente atraviesa el espinoso camino de inserción en el mundo adulto, la formación de un proyecto singular y el logro de la autonomía, ponen también de manifiesto *funciones y disfunciones, excesos y carencias propios del entramado sociofamiliar.*

Dada la importancia que el contexto familiar, con sus cierres y aperturas, sus apegos y sus desprendimientos, todavía asume entre nosotros, es que propongo la inclusión de abordajes familiares a partir de algunas consultas. Contrariamente, suele suponerse que

las intervenciones terapéuticas a nivel de la familia desfavorecen la construcción de la intimidad y la autonomía. Entiendo que ello deja de lado la vigencia del apuntalamiento intersubjetivo del psiquismo a todo lo largo de la vida, y en particular en puntos críticos. De este modo, puede confundirse en ocasiones autonomía con desvínculo, soledad o desamparo.

Es preciso en casos particulares realizar también un trabajo en redes más allá de lo familiar, al reconocer al adolescente como "sujeto en pertenencia"; por ejemplo en lo que hace a su inserción escolar.

Me he referido a familias en proceso de intensa apertura e hijos incluidos desde temprana edad en importantes pertenencias extrafamiliares; sujetados a la oferta de los medios, que se

integran a la vida familiar misma. De este modo, la producción de subjetividad es una función que la familia comparte con otras dimensiones socioculturales.

A modo de conclusión de este planteo de cuestiones actuales, abiertas y urgentes para quienes operamos con la niñez y la adolescencia, destacaré que *ser adolescente hoy* implica habitar un mundo pleno de transformaciones y de incertidumbres que, como tal, suele convocar en los adultos nostalgias y desesperanzas. En relación con esto, otra tarea que complejiza la adolescencia y la juventud actual es la de hallar y construir aquello de acontecimiento impredecible, de novedoso y de creación que sin duda el nuevo siglo encierra.

SUMMARY

Being an adolescent today

This article approaches the adolescent problematic from a socio-familiar perspective, considering it as a production defined by culture and history. It then focus on the character of the nowadays adolescent way, emphasizing the problems for a young person to be included in the creative/productive world in the poor countries and its effects in the adolescent psyche. Finally, the article analyses the current familiar diversities and the existing links inside the peer groups of children and adolescents, relating them with pathologies and subjective forms that are different from those typical of the modern bourgeois adolescent.

KEY WORDS: Adolescence and society; Adolescent transition; Nowadays adolescent; Family and adolescence; Peer groups; Identity; Grief.

REFERENCIAS

1. Duby, G.: Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos; Andrés Bello, Chile, 1995
2. Cao, M.: Planeta adolescente, Fau y asoc., Buenos Aires, 1997.
3. Blos, P.: La transición adolescente, Amorrortu, Buenos Aires, 1981.
4. Rojas, MC., Sternbach, S.: Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad, Lugar, Buenos Aires, 1994
5. Freud, S.: Tres ensayos de teoría sexual, O.C., tomo VII, Amorrortu, 1978.
6. Rojas, MC.: De violencia y familias: la escena violenta en las puertas del 2000, Actas Jornada de la Federación Argentina de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares, Córdoba, 1997.
7. Eco, U.: La estrategia de la ilusión, Lumen/ La Flor, Buenos Aires., 1988.
8. Guinsberg, E,: Familia y tele en la estructuración del sujeto y su realidad, Revista Subjetividad y cultura, 5, 1995, México.
9. Costa, Pérez Tornero, Tropero: Tribus urbanas, Paidós, Buenos Aires,1996.
10. Kaës, R.: Apuntalamiento múltiple o estructuración del psiquismo, Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, XV, 1991, y II, 1992
11. Aulagnier, P.: La violencia de la interpretación, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.
12. Aberastury A., Knobel, M.: La adolescencia normal, Paidós, Buenos Aires, 1970
13. Sujoy O., Selener G., "Las vicisitudes de la adolescencia en el escenario clínico", Revista de AAPPG, Tomo XXI , Nro 1, Bs. As., 1998.
14. Rojas. MC.; Las diversidades familiares desde la perspectiva del Psicoanálisis vincular, Actas II Congreso Argentino de Familia y Pareja, Buenos Aires, 2001.
15. Rojas, MC. : La función del padre en la familia actual: problemáticas clínicas; Actas Jornadas AAPPG, 1997.
16. Bollas, C.: Ser un personaje, Paidós, Buenos Aires, 1992.
17. Doltó, F: La causa de los adolescentes, Seix Barral, Barcelona, 1988.

Trabalho realizado na Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.

*Trabalho recebido: 18/02/03
Aprovado: 25/04/03*

